

LA VISION SOBRE LOS REYES CATOLICOS DEL
HISTORIADOR NORTEAMERICANO DEL SIGLO XIX
WILLIAM PRESCOTT

Yasmin Gorayeb de Perinetti

El presente estudio no sólo aporta antecedentes acerca de la posición norteamericana desde antes del siglo XIX con respecto a España, sino muy especialmente intenta explicar las cualidades que distinguen la actividad historiográfica del escritor decimonónico William H. Prescott.

El trabajo que aquí se introduce se centrará alrededor de su obra *Historia del reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel* publicada en 1837. Tiene el propósito de contestar si Prescott, a pesar de su manifiesta simpatía hacia ese período responde a la tradición hispanofóbica de sus antepasados ingleses. Profundizar en este problema constituye un objetivo central.

Se ha partido del análisis de los temas que a nuestro juicio son los más relevantes y distintivos para reconstruir su pensamiento histórico y las fórmulas metodológicas utilizadas para expresarlo.

En palabras de Williams,

"el profundo odio a España y a todo lo que España

significaba estaba muy extendido en el siglo XVII en la mente de los colonos ingleses de la costa atlántica. Estos pioneros temían a la orgullosa nación cuyas colonias en América eran de superficie mucho mayor que la de la madre patria. La odiaban por su tiranía católica, que de forma no muy indirecta había contribuido a su éxodo de Inglaterra y de Holanda, y por su animosidad hacia los establecimientos coloniales ingleses. Temblaban ante las leyendas referentes al terrible español: su crueldad y astucia, su supuesta barbarie en las colonias (aderezada por Bartolomé de Las Casas), su adhesión fanática a su oscura religión inquisitorial, y, sobre todo, ante su presencia firme y próspera, en las tierras ricas y cálidas del Sur. Todo lo cual presagiaba limitaciones para el ambicioso inglés. Raza, religión, rivalidad económica, todo aconsejaba enemistad".¹

Lo que expresa este autor norteamericano nos parece de gran utilidad como punto de partida.

En el siglo XVIII esta antipatía por España se mantiene. La incrementa su alianza con Francia en contra de Inglaterra en la Guerra de los Siete Años y por su tardía e ineficaz intervención en la Guerra de Independencia norteamericana.²

Estas preconcebidas ideas que forman un complejo antiespañol, con sus raíces en un pasado lejano, son poco conocidas y aún menos sopesadas en los Estados Unidos. "Lo español en la América Latina es para nosotros -dice Powell- menos afín que la compasión que sentimos por el indio americano."³

De esta oposición a España y de este deformado conocimiento de su civilización derivará una interpretación

1 STANLEY T. WILLIAMS. La huella española en la Literatura Norteamericana, Madrid, Gredos, 1957. p. 33.

2 Ibidem, p. 56.

3 PHILIP W. POWELL. Arbol de odio. La Leyenda Negra y sus consecuencias en las relaciones entre Estados Unidos y el Mundo Hispánico, Madrid, Porrúa Turanzas, 1972, p. 5.

romántica de su historia en el siglo XIX. Sus orígenes provienen del siglo XV, cuando los italianos comenzaron a crear una imagen desfavorable del tipo español en Europa, y cuyos relatos traducidos al inglés y francés pasaron a Norteamérica.

En Prescott y otros historiadores apareció un animado interés sobre España e Hispanoamérica. A pesar de que los intelectuales no estaban totalmente liberados de los profundos prejuicios del pasado, mostraban interés en buscar la verdad de los acontecimientos, más que la mera repetición de las tradicionales ideas erróneas.

Según Williams, el surgimiento entre 1830 y 1850 de un grupo de hábiles historiadores, fue resultado natural de la creciente riqueza y de la mayor cultura de esta región. Estos famosos historiadores -Bancroft, Motley y Prescott- eran realmente un corrillo literario. En su mayoría vivían en Massachusetts; estaban relacionados con la Universidad de Harvard; utilizaban las bibliotecas de Boston y eran amigos íntimos, como en el caso de Ticknor y Prescott.⁴

A partir de la publicación, por Prescott, de sus obras: *"El reinado de los Reyes Católicos"*; *"Conquista de México"*; *"Conquista de Perú"* y *"Felipe II"*, su influencia en el seno de la historiografía española del siglo XIX se demostró como de inestimable importancia. Aquellos libros que trataban de forma documentada y con sincera intención de objetividad la historia de España del siglo XV y XVI, obtuvieron una inmediata y calurosa acogida.

Para una visión introspectiva de la mente de Prescott, resulta interesante el prefacio a la primera edición de 1837 de la obra que analizamos. Es cosa extraña -dicesi se observa la atención que se ha prestado a la historia moderna de la Península, que no haya obra alguna particular que trate el reinado de Fernando e Isabel, que puede considerarse como su propia base y fundamento.

Bajo su imperio redujéronse a uno solo los diferentes reinos en que el país se había hallado dividido durante

4 STANLEY T. WILLIAMS, op. cit., pp. 203-204.

siglos enteros: Nápoles fue conquistado; la América, descubierta y colonizada; el antiguo imperio de los árabes españoles, destruido; establecido el terrible tribunal de la Inquisición Moderna, y desterrados los judíos que tan manifiestamente habían contribuido a la riqueza y civilización del país; y se introdujeron, finalmente, tales cambios en la administración interior de la monarquía, que han estampado indeleble sello en el carácter y condiciones de la nación.⁵ Además de estos aspectos, el historiador se ocupa detenidamente de la administración, la literatura y las costumbres.

Como bien explica Juderías, la nueva organización y sus resultados fue, a no dudarlo, prodigioso en todos los órdenes. Si hay en la historia de España una época que despierta admiración, es ésta: sus cambios son realidades capaces de ser demostradas documentalmente. Esto fue, sin duda, lo que atrajo en un primer momento al historiador norteamericano. Prescott en sus estudios es, para el autor citado, tan admirador de los españoles del siglo XV como enemigo de los que les siguieron, cuyos planes de ambición perversa y de cruel fanatismo, según él destruyeron la obra de Isabel la Católica. En opinión de Juderías, el siglo XIX fue aún más adverso todavía a España.⁶

La obra que nos ocupa fue muy bien recibida en Europa. En Francia, Guizot y Mignet no escatimaron sus elogios. La especialidad de Mignet era la historia de España precisamente, y nos habla de la dinastía austríaca como de una serie de reyes que degeneraron en la inacción. No es de extrañar su entusiasmo por el norteamericano y su colaboración con nuevos materiales para las obras posteriores de éste.

El historiador

⁵ WILLIAM H. PRESCOTT. Historia del reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, Madrid, Gaspar y Roig, 1855, p. 5.

⁶ JULIAN JUDERIAS. La Leyenda Negra. Estudios acerca del concepto de España en el Extranjero, Barcelona, Arauce, 1943, pp. 61-62, 171 y 236.

William Prescott -según Fueter- ocupa un lugar intermedio entre la Ilustración y el Romanticismo. Su don de relatar con vivacidad y relieve ha sido formado visiblemente por las novelas de Walter Scott. Ordena la historia menos novelescamente que los historiadores posteriores; pero hace más frecuentes llamados al sentimiento que los iluministas".⁷

En esta obra no hace una estricta narración cronológica de los sucesos; se ha detenido cuando era necesario, a buscar datos que, aunque de un modo indirecto, pudiesen dar mayor luz a los acontecimientos.

Al final de los capítulos escribe una noticia crítica de las autoridades consultadas, para que el lector pueda estimar su mérito y crédito respectivos.

Hace incapié en la dificultad de "obtener una cosa parecida a un fiel retrato de una época apartada, entre los diferentes colores y las confusas y contradictorias luces del testimonio histórico". A pesar de ello, él tiene la seguridad de que es fiel monumento de un reinado importante en sí mismo, nuevo para el lector por su forma inglesa y basado en sólidos cimientos de materiales auténticos, que probablemente no podrían encontrarse fuera de España, ni aún en ella sin mucha dificultad. Para afirmar con más fuerza la objetividad de que hace gala, nos agrega que su obra está eximida de una clase de errores: los que se fundan en los sentimientos nacionales o de parcialidad.⁸

Las fuentes, para él, son un gran obstáculo para la investigación de la verdad. Analiza los documentos oficiales que, en su época, son considerados como los fundamentos más seguros de la historia pero él no lo entiende así. Explica que las negociaciones públicas del período que estudia se consideraban como asuntos particulares del soberano. Hallábanse, por lo tanto, envueltas en impenetrable secreto, del que sólo salían a luz aquellos que al monarca convenían. La ciencia del gabinete, tal como entonces se practicaba, permitía un sistema de artificio

7 E. FUETER. Historia de la Historiografía Moderna, Buenos Aires, Nova, 1953, p. 196.

8 W. PRESCOTT, op. cit., p. 5.

y doblez, que disminuye mucho el crédito que debería darse a estos documentos. Las únicas fuentes históricas confiables, según su criterio, son las correspondencias privadas de los contemporáneos. Son el eco de los pasados siglos, tienen la ventaja de ser testigos de los sucesos y porque en vez de presentar los resultados solamente, ponen de manifiesto los resortes interiores de la máquina, y nos hacen partícipes de todas las dudas, pasiones y propósitos que agitan los ánimos de los actores.

Es interesante su concepción de la causalidad histórica. Ejemplifica este problema al criticar la obra de Varillas: *Politique de Ferdinand le Catholique*. Dice que el autor pretende tratar su asunto filosóficamente y que atiende menos a los hechos que a las causas y efectos que produjeran: "porque estos ingeniosos escritores rara vez toman las cosas tal como se presentan a su vista, y creen, a lo que parece, que la verdad sólo puede encontrarse sumergiéndose en una gran profundidad debajo de la superficie. En este afán de buscar causas más profundas de acción, desechan cuanto es natural y manifiesto; son inagotables en sus conjeturas y sofisticas deducciones, infiriendo tanto de lo que no se ha dicho ni hecho, como de lo que se ha verificado o pronunciado, y en suma, quieren hacer penetrar en el ánimo del lector todos los pensamientos de su héroe en todas ocasiones tan completa y detalladamente como lo haría un escritor de novelas. Esto podrá ser muy agradable, pero no es historia". Prescott relaciona esta crítica con un tema central de su obra, el rey católico. Estima que a ningún príncipe se lo ha perjudicado más a causa de estas exageradas interpretaciones. Su fama de astuto político ha suministrado una pronta y fácil explicación de cuanto hay de misterioso o incomprensible en su gobierno. Escritores como Gaillard y el citado Varillas, se han preocupado excesivamente en la búsqueda de las causas más recónditas y sutiles de todas sus acciones, como si hubiera siempre que descubrir más de lo que a primera vista se presenta. Estos, en vez de juzgarle por las reglas generales de la conducta humana, lo ven impulsado a obrar sólo por la astucia y la estratagema. Nada se concede a los sucesos que alteran el curso ordinario de las cosas, nada

a las pasiones y casualidades de la vida: todas sus acciones proceden, según ellos, de un cálculo tan previsor como el que regula los movimientos en una partida de ajedrez. Y de este modo, construyen un carácter de consumado artificio, que no sólo no encuentra apoyo en el testimonio histórico, sino que se halla en manifiesta contradicción con los principios generales de la naturaleza humana.⁹

Hay un acontecimiento en el cual quedan claramente expuestos los juicios referentes al rey español. Es el que se relaciona con la negativa de muchos nobles castellanos, luego de la muerte de Felipe el Hermoso, a reconocer otra autoridad que la de la reina Juana. El problema es solucionado en las Cortes de Madrid del 6 de octubre de 1510, en las cuales prestó el rey los acostumbrados juramentos, como administrador del reino en nombre de su hija y como guardador de su nieto. Prescott capta en estos sucesos la conducta política de Fernando. Distinguida por la más generosa clemencia, demostrada por un prudente olvido de las injurias y por el abandono de aquellos mismos a quienes había colmado de favores. Así la expresa:

"Pocos ejemplos, ciertamente, presenta la historia de templanza semejante después del restablecimiento de un rey o de un partido desterrado. La conducta tiránica y violenta no se avenía con su carácter, en el cual las pasiones aún las más fuertes por naturaleza se hallaban siempre dominadas por la razón; y la que ahora observó, y sus presentes actos de severidad, aunque parezca esta excesiva, deben considerarse, por lo tanto, no como arrebatos de resentimientos personales, sino cálculos de una política prudente dirigida a infundir terror en los espíritus turbulentos quienes sólo el miedo puede tener a raya".¹⁰

Con respecto a una caracterización de Maquiavelo, quien pone en ridículo a los príncipes de su tiempo.

⁹ Ibidem, p. 316.

¹⁰ Ibidem, pp. 366-369.

"Un imperatore instabile e vario; un re di Francia sdegnoso e pauroso; un re d'Inghilterra ricco, feroce e cupido di gloria; un re di Spagna taccagno e avaro; per gli altri re io non li conosco".¹¹

Prescott sostiene que era parco en los gastos de su persona y de su casa. en parte por el deseo de corregir en los nobles sus excesivos y ostentosos gastos. Que realmente, más bien era frugal que tacaño: porque siendo escasas sus rentas, y vastas y numerosas sus empresas, era imposible que pudiera llevarlas a cabo, sin manejar sus fondos con la mayor economía. En este punto aprovecha para realizar una comparación, recurso que utiliza a menudo:

"Nadie le ha acusado de que intentara enriquecer su tesoro vendiendo los cargos públicos, como lo hacía Luis XII, o apropiándose violentamente los ajenos, como Enrique VII, otro de los reyes sus contemporáneos: no allegó riquezas y antes bien murió tan pobre, que apenas dejó en sus arcas con qué sufragar los gastos que sus funerales ocasionaron".¹²

Agrega que el mismo Guicciardini en su *Istoria* prueba la injusticia de las imputaciones hechas a Don Fernando.

En el camino de esta crítica, que seduce a Prescott, y que es parte de su método, es interesante el texto en que refuta a varios historiadores: Guicciardini, Maquiavelo, Sismondi y Voltaire, entre otros. Este fragmento será valioso, pues dará un perfil más amplio y concreto de la valoración de la época histórica que trata:

"No es tan fácil eximir a don Fernando del cargo de perfidia que los escritores extranjeros le han

11 N. MAQUIAVELO. El Príncipe, en PRESCOTT, op. cit., nota N° 50, p. 396.

12 PRESCOTT, op. cit., p. 396.

hecho tan de continuo, y que los nacionales han procurado paliar más bien que negarle; pero también es preciso aquí, en vindicación suya, dirigir una mirada a los tiempos en que vivió. Nació en los momentos precisamente en que los gobiernos se hallaban en estado de transición desde las formas feudales a las que posteriormente tomaron: cuando la fuerza superior de los grandes vasallos se disminuía por la política más diestra de los príncipes reinantes. Aquella era la aurora del triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta, que hasta entonces había dirigido los movimientos de las naciones como los individuales; y estos monarcas siguieron en sus relaciones extranjeras la misma marcha que habían seguido en el gobierno interior de sus respectivos países, luego que al concluir el siglo XV se rompieron las vallas que por tanto tiempo habían tenido separadas unas de otras las diferentes potencias. Italia fue también el palenque en que estas chocaron por primera vez: Italia fue también el país en que esta artificiosa política se estudió primeramente, y se redujo a un sistema regular, y un solo pasaje del manual político de aquella época, bastará para dar a conocer la ciencia entera de aquella época, tal como entonces se comprendía".¹³

De este párrafo se desprende que Prescott acepta la caracterización que Maquiavelo hace de los príncipes, incluyendo al rey español. El príncipe que describe el florentino enfrenta al príncipe cristiano de la doctrina española, distinto, en su esencia y privilegios, del suyo. Aparece desvinculado de cuestiones ajenas a los intereses y fines políticos. Maquiavelo crea un poder atiborrado de facultades despóticas, por ello España se siente insultada cuando éste toma como modelo a Fernando.¹⁴ Cita Prescott el siguiente texto de Maquiavelo, que según él, era la norma en la política exterior:

13 Ibidem, pp. 396-397.

14 HECTOR JOSE TANZI. El Poder Político y la Independencia Argentina, Buenos Aires, Cervantes, 1975, p. 20.

"Un príncipe prudente no observará ni deberá observar sus compromisos, cuando sean contrarios a sus intereses, y no existan ya las causas que le indujeron a contraerlos."¹⁵

Prueba de lo que afirma Maquiavelo, dice Prescott, es la multitud de tratados ineficaces firmados entre los reyes. Ejemplifica con el que estipulaba el matrimonio del archiduque Carlos con Claudia de Francia, y al que Luis XII no dio cumplimiento pues el matrimonio nunca se realizó.

En cuanto a la reina Isabel, analizaremos el paralelo que realiza con Isabel Tudor. Es una prueba satisfactoria de la valoración que de ella hace en toda la obra que tratamos.

"Ambas se educaron en sus primeros años en la dura escuela de la adversidad: ambas sufrieron las mayores humillaciones por parte de aquellos mismos sus más próximos parientes, que más debieran haberlas amado y protegido: ambas consiguieron sentarse sobre el trono, después de las vicisitudes más contrarias: ambas condujeron a su pueblo, durante un largo y glorioso reinado, a un grado de prosperidad a que nunca había llegado antes: ambas vivieron para ver la vanidad de las grandezas terrenales, y para morir víctimas de una tristeza inconsolable: una y otra, por último, dejaron un nombre ilustre, que no ha tenido igual en la historia posterior de sus respectivas naciones.

Desaparece sin embargo, la semejanza entre ambas, fuera de estas pocas circunstancias de su historia, y sus caracteres apenas presentan punto alguno de contacto. Isabel de Inglaterra, heredando una gran parte del genio orgulloso y brusco de su padre Enrique VIII, era altiva, arrogante, adusta e irascible, y a estas fieras cualidades reunía el disimulo más

15 NICOLAS MAQUIAVELO, op. cit., en W. PRESCOTT, op. cit., p. 397.

profundo y una extraña irresolución; y doña Isabel de Castilla, por el contrario, templaba la dignidad de su elevada categoría con sus maneras más afables y corteses: una vez resuelta era constante en sus propósitos, y su conducta pública y privada llevaba el sello del candor y la honradez.

Una y otra puede decirse que dieron muestras de aquella magnanimidad que es necesaria para la realización de grandes cosas a despecho de los mayores obstáculos: pero la reina de Inglaterra era en extremo egoísta, incapaz de olvidar, no ya una injuria verdadera, sino aún la más ligera ofensa a su vanidad, y despiadada en el castigo; al paso que la soberana de Castilla vivía solo para los demás."¹⁶

Cuando las compara en educación, dice que la reina inglesa recibió una instrucción más esmerada, pero que la de Castilla tenía la suficiente para fomentar las letras generosamente. Aquí se detiene para citar la Historia de Inglaterra de Hume, quien confiesa que desgraciadamente para la literatura, o al menos para los literatos de aquel tiempo, la reina ponía su vanidad más bien en hacer brillar su propia ilustración, que en estimular a los hombres de genio.¹⁷ El pasaje siguiente manifiesta su posición liberal protestante en relación con el aspecto más duramente criticado a la reina católica. Expresa que si la reina inglesa incurrió en algunos errores por causa de su ligereza, la de Castilla cometió los únicos desaciertos graves de su gobierno por sus sentimientos religiosos. En Isabel Tudor para nada contaban en su conducta los principios religiosos y aunque fue el baluarte de la religión protestante era difícil decir si era en su corazón más protestante que católica: miraba la religión en sus relaciones con el Estado. Señala a continuación Prescott que adoptó medidas para lograr sus planes, "casi tan despóticas y sanguinarias como

16 PRESCOTT, op. cit., p. 342.

17 Ibidem, p. 342.

las que por motivos de conciencia dictara su más supersticiosa rival". Luego reflexiona y concluye que sería difícil decidir quiénes actuaron peor en cuanto a tolerancia, si los católicos o los puritanos.¹⁸

El siguiente análisis se ciñe a su opinión de la superioridad de este reinado sobre los posteriores como lo hemos mostrado en páginas precedentes y lo confirma así:

"El juicio de la posteridad ha venido a confirmar el de los contemporáneos; y los españoles más ilustrados de nuestros días, que aunque no desconocen los errores de su administración son más capaces de apreciar su mérito que los de otras épocas menos cultas, dan honroso testimonio de sus virtudes; y mientras que dan al olvido la elogiada grandeza de otros reyes posteriores, que atraen la atención del vulgo, se extienden en hablar, llenos de entusiasmo, del carácter de doña Isabel la Católica, considerándola como el más grande que en la historia de todos los príncipes de este reino se presenta".¹⁹

En esta obra también le dedica tres capítulos importantes a la historia del Descubrimiento de América. Nos detendremos en las ideas que expresen con mayor claridad su valoración. Es importante destacar las fuentes por él consultadas para comprender su postura. De éstas se destaca Fray Bartolomé de Las Casas. Hay en su interpretación notas comunes con sus obras: *La conquista de México* y *La conquista del Perú*. Dice así:

"Nuestra admiración del intrépido heroísmo que manifestaron los primeros navegantes españoles en sus extraordinarios viajes, se disminuye mucho al considerar las crueldades con que le mancillaron, y que fueron demasiado grandes para que el historiador pueda pasarlas en silencio o disculparlas. Durante

18 *Ibidem*, pp. 342.

19 *Ibidem*, p. 343.

la vida de doña Isabel, los indios tuvieron en esta señora una eficaz amiga y protectora; pero su muerte, dice Las Casas, fue la señal de su destrucción".²⁰

Luego explica cómo los españoles abusaron de su poder con los naturales, para manifestar luego que cada paso del hombre blanco en el Nuevo Mundo ha sido sobre el cadáver de un indígena. Siguiendo con Las Casas, considerado por él un escritor a quien nunca podría acusarse de haber desfigurado los hechos que presenció, por más que en su simpatía por los indios haya exagerado, manifiesta:

"Casi no puede creerse el número de víctimas que se dicen inmoladas en estas deliciosas regiones a los pocos años del descubrimiento".²¹

No defiende aquí la colonización norteamericana, todo lo contrario, pues sostiene:

"La indiferencia más egoísta hacia los derechos de los primitivos habitantes de aquel suelo es un cargo que puede hacerse en común a los primeros conquistadores europeos, así católicos como protestantes, del Nuevo Mundo".²²

Sin embargo es, con respecto a los primeros colonizadores españoles, terminante en su condena. Pero exime a Fernando, haciéndose eco del mismo Las Casas, debido al ocultamiento de los hechos, por los intereses personales de quienes lo rodeaban.

Diversos juicios sobre la obra

En cuanto se publicó esta obra, en 1836, su éxito en los Estados Unidos fue enorme. Luego es traducida

20 Ibidem, p. 419.

21 Ibidem, p. 419.

22 Ibidem, p. 419.

a varios idiomas y en palabras de Gooch fue la primera obra histórica producida en América que gozó de renombre universal. Entre los críticos favorables podemos mencionar a Daniel Webster y el profesor español Pascual de Gayangos. En Francia Guizot no escatimó sus elogios lo mismo que Mignet, como anteriormente adelantáramos. El juicio favorable de Humboldt le agradó en especial como el de su compatriota Whashington Irving.

También durante este siglo XIX es digno de destacar la consideración que hacia su obra tuvo Leopold Ranke, quien lo cita en su libro *La Monarquía española de los Siglos XVI y XVII*. Asimismo, el argentino Clemente Fregeiro, en cuya obra juzgada benévolamente por Bartolomé Mitre en 1886, inserta fragmentos de Prescott en su capítulo sobre el Descubrimiento de América.²³

Ya en el siglo XX podemos considerar la opinión de Julián Juderías, para quien las obras del autor que analizamos son fundamentales. Sin embargo, "adolecen, aunque en menor grado, de cierta parcialidad genuinamente protestante, es decir, antiespañola". Estima que la *Historia de los Reyes Católicos* refleja admirablemente la situación de España y su esplendor en el célebre reinado. No ocurre lo mismo con sus otras producciones. Se refiere Juderías, especialmente, a las dedicadas a la colonización en que incurre en no pocas exageraciones. Aún cuando expone las proezas de Cortés y de Pizarro y alude con frecuencia a las costumbres y a las ideas de la época de ambos para excusar su proceder, reprocha a los conquistadores por una crueldad que la situación en que se hallaban justificaba.²⁴

G. P. Gooch, en *Historia e historiadores en el siglo XIX*, dice que mientras Irving "había arañado la superficie de la historia española, Prescott llegó hasta los cimientos". Sus conceptos hacia éste son en general muy favorables. Aprecia que está libre de todo prejuicio contra el catolicismo, pero reconoce que acepta con demasiada facilidad

23 CLEMENTE FREGEIRO. Lecciones de Historia Argentina, Buenos Aires, Mendeský e hijo, octava ed., 1907, vol. 1, pp. 51-54.

24 J. JUDERIAS, op. cit., pp. 244-245.

algunas fuentes, como a llorente, por ejemplo, en el tema de la Inquisición. A pesar de ello -agrega- "pocas obras escritas antes de 1840 requieren tan poca modificación como ésta para servir de guía autorizada a los estudiantes de hoy".²⁵

El profesor de Historia norteamericano, Philip W. Powell, en su obra *Arbol de odio*, a diferencia de Gooch, estima que la continuación de las ideas erróneas en Norteamérica sobre España y su historia en el ambiente educativo, se deben a la influencia de los historiadores populares, entre ellos Prescott. Expresa que

"estos prestigiosos historiadores, verdaderos hijos del Romanticismo, son dignos de ser admirados por su afán de utilizar fuentes responsables (...). Sin embargo, a la vez que se reconocen estos hechos, debe recordarse que estos hombres pensaron y escribieron como predicadores protestantes nórdicos, y, por cierto, lo hicieron así al yuxtaponer conceptos y hechos históricos católico-protestantes, hispano-ingleses, hispano-holandeses o teutónico-latinos. Eran todos ellos anticatólicos, completamente imbuidos de un indiscutible concepto de la superioridad nórdica sobre lo latino, y eran, en cierto modo, víctimas de una manera de pensar que carecía de mundo y con algunas características anti-intelectuales".²⁶

Para Stanley T. Williams la *Historia de Fernando e Isabel* atrajo el respeto europeo hacia la investigación norteamericana de España. Su éxito en la península fue tan grande que las investigaciones de Prescott sobre materias semejantes fue ayudada materialmente. Estima que aunque le falta profundidad filosófica y no se ocupa en general de las ideas, su historia es de una amplitud espléndida, exhibiendo el mundo hispánico de los siglos XV y

25 G. P. GOOCH. Historia e Historiadores en el Siglo XIX, México, F.C.E., 1942, pp. 412 y 414.

26 P. POWELL, op. cit., p. 155.

XVI en su totalidad. Concluye que sus grandes libros podrían considerarse como la fuente más poderosa de la influencia española en la cultura norteamericana durante los años 1840 a 1860.²⁷

A modo de conclusión

Iniciamos este estudio en la creencia de encontrar en un escritor no europeo, una postura algo diferente, no contaminada con la consabida base hispanofóbica. Prescott, considerado con respeto en la historia del pensamiento histórico, nos pareció el más adecuado para ejemplificar una visión histórica con respecto a España. Su obra *Historia del reinado de los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel* nos pareció muy conveniente, habida cuenta de que hasta el siglo XIX nunca se escribió en forma abarcadora sobre este período.

Lo infundado de algunos de sus juicios se deben a una aceptación sin análisis crítico significativo del libro del Padre Las Casas *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, escrito en 1545. Este tratado fue usado por los enemigos de España para documentar, como bien lo expresa Carbia, "la perversidad" del modo de dominio que caracterizara a España, la cual, según ellos, actuaba siempre bajo el signo de la cruz".²⁸ Lo mismo ocurre cuando se ocupa de la Inquisición, de la intransigencia española, y de las expulsiones de gente de credo diferente en que utiliza como autoridad indiscutida a Llorente.

Si aceptamos que el temperamento del autor, su sistema de valores y su modo de percepción se expresan en la interpretación que ofrece de una realidad, comprendemos que este historiador norteamericano responde, a pesar de su manifiesta simpatía hacia ese período, a la tradición hispanofóbica heredada de sus antepasados ingleses y de la Ilustración.

27 S. T. WILLIAMS, op. cit., pp. 209 y 211.

28 ROMULO CARBIA. Historia de la Leyenda Negra Hispanoamericana, Buenos Aires, Orientación Española, 1943, p. 228.